

I

GURDEBÊKE TÍO Y GURDEBÊKE SOBRINO

El más alto funcionario de la villa de Flyssemugue, en el Brabante, era el tío Gurdebêke, vigilante de la torre de la alcaldía, a la par que encargado del carillón de la iglesia de Saint-Éloi y director de la banda municipal flyssemuguesa. Pese a su elevada y envidiable posición, que debía únicamente a sus propios méritos, era un hombre de temperamento modesto, que no pensaba jamás en aplastar a nadie con su enorme importancia.

A primera vista, podríamos preguntarnos cómo era capaz de asumir esas tres considerables funciones, aparentemente difíciles de compatibilizar de manera armoniosa; cómo se las arreglaba, al mismo tiempo, para detectar los incendios desde lo alto de la torre, dirigir a los músicos y ocuparse del mantenimiento de las campanas, que sonaban cada hora en punto con la melodía de *El rey Dagobert se pone su jubón al revés* y anunciaban las medias con la notas de *Tengo buen tabaco en mi tabaquera*, además de varias otras piezas que se reservaban para los domingos y las fiestas de guardar.

La explicación era en realidad bien sencilla: la iglesia de Saint-Éloi comunicaba con el edificio del ayuntamiento mediante una alta arcada que convertía al campanario de la iglesia y a la torre del consistorio en dos hermanos gemelos. Sin alejarse demasiado de su puesto de vigilancia, el tío Gurdebêke no tenía más

que atravesar la galería elevada sostenida por la arcada para, cada mañana y cada noche, cruzar de una a otra y hacer sonar el carillón.

En cuanto a sus ocupaciones como director de la banda municipal, resultaba todavía más fácil, dado que los músicos flyssemugueses no necesitaban de un ensayo diario para encontrarse en condiciones de tocar de manera aceptable. Porque cuando decimos músicos nos referimos, por descontado, a las estatuas de cuatro hombrecillos ataviados al estilo del siglo xvi que tocaban el tamboril en un gran nicho abierto en el último piso de la torre. En realidad, no hay confusión posible, ya que en aquella época gloriosa no había —y sigue sin haber— más músicos en Flyssemugue, excepción hecha de dos o tres señoras que, de vez en cuando, tocaban el arpa en sus salones mientras entonaban romances caballerescos. Después, todo eso cambió mucho y los pianos, que hoy en día encontramos hasta en los campamentos canacos de las islas de Oceanía, invadieron Flyssemugue y el resto del planeta.

Los cuatro músicos de Saint-Éloi, a los que el tío Gurdebêke daba cuerda con todo cuidado cada mañana, marcaban la hora descargando al unísono cuatro vigorosos martillazos sobre sus tambores de hierro: *idong, dong, dong, dong!* Sonaban una vez cada cuarto, dos veces en las medias, tres veces en los tres cuartos y cuatro en la horas en punto, momento en que, además, el carillón desgranaba alegremente en la atmósfera las notas claras y argénteas de *El rey Dagobert*.

No se pueden ustedes imaginar la vida que los martillazos y el carillón insuflaban a la villa de Flys-

semugue: el cielo cantaba, y parecía como si una aspersión de júbilo se derramara sobre los tejados cada treinta minutos.

Hemos olvidado comentar que, además de sus tres cargos principales, el tío Gurdebêke ejercía también como guardián del Archivo de la villa, ocupación que no fatigaba en exceso a un hombre tan atareado como él, ya que sus deberes consistían únicamente en mantener en su cuarto, colgada de un clavo, la llave de la sala del Archivo, y en cocer diariamente un poco de bofe para el gato de la alcaldía.

El tío Gurdebêke desempeñaba todas estas funciones desde hacía cuarenta y ocho años para plena satisfacción de todos sus conciudadanos, quienes pensaban en él como algo eterno, semejante a las figuras de madera tallada a las que dirigía como jefe de orquesta.

Pero de pronto, en ese año de 1830, no quedó más remedio que admitir que estaba envejeciendo y que sus facultades, tan brillantes antaño, habían empezado a decaer: como vigilante de la torre de la alcaldía, para avistar los posibles incendios, se veía obligado a llevar simultáneamente dos pares de antiparras; como encargado del carillón de la iglesia de Saint-Éloi se equivocaba y hacía volar notas discordantes sobre la ciudad; y como director de la banda municipal flysemuguesa daba una vuelta de llave de más a los cuatro músicos de madera, haciéndoles tocar así cinco o seis cuartos en lugar de una media. ¡Nada de eso había sucedido hasta entonces!

Estas graves alteraciones, que perturbaban a los habitantes de la villa, se convirtieron en una preocupación para los ediles. Resultaba evidente que se acer-

caba el momento en que habrían de tomar cartas en el asunto. El consejo municipal deliberó largamente sobre la cuestión, vaciló sobre el proceder adecuado y al final no consiguió decidir nada, así que se contentó con hacer algunas observaciones al tío Gurdebêke.

Sin embargo, las complicaciones se agravaron. Ocurría que las campanas anunciaban horas imposibles y el carillón, claramente desacompañado, ejecutaba unas melodías plagadas de modulaciones tan extraordinarias que, en nuestros días, bien podríamos haber encontrado variaciones del banal *El rey Dagobert* en la sesuda música wagneriana. Pero en aquella época dichosa, en la que los oídos tenían gustos sencillos, estas innovaciones resultaban absolutamente deplorables e imposibles de soportar. El consejo municipal deliberó de nuevo, y esta vez, empujados por la opinión pública, decidieron que el tío Gurdebêke se beneficiara de su derecho a la jubilación.

¡Todo se acaba en esta vida! Llegó el día en el que el tío Gurdebêke, después de abrazar a sus cuatro músicos y de contemplar una última vez desde lo alto de la torre el vasto y familiar horizonte, tuvo que abandonar sus funciones y el edificio municipal.

No faltaron aspirantes a sucederle; candidatos perfectamente cualificados para ocupar su puesto y asumir su cometido. Pero el tío Gurdebêke tuvo la satisfacción de ver cómo, a pesar de referencias, intrigas y recomendaciones, resultaba elegido su propio sobrino, Narcisse Gurdebêke, que era hijo de su hermano y, salvo algunos pequeños defectos, un muchacho valioso.

Para acometer las múltiples tareas que hemos venido detallando era necesario un hombre casi rena-

centista, a la vez relojero, músico y mecánico. Pero fue un aficionado a la pesca con caña quien asumió tanta responsabilidad. En realidad, cosas por el estilo ocurren a menudo y, después de todo, el mundo no va ni mejor ni peor a causa de ellas; así que lo mismo sucedió en Flyssemugue. En cualquier caso, este nombramiento le venía de maravilla a Gurdebêke sobrino. Como ya hemos dicho, era un joven espabilado, pero había un pequeño inconveniente: le gustaba en exceso la cerveza belga y pasar largas veladas en la taberna, lo que perjudicaba su matrimonio y le impedía progresar en la vida. La única excusa que podía esgrimir era que en Flyssemugue había demasiados establecimientos dedicados a este tipo de ocio, una excesiva proliferación de insignias que anunciaban El gallo rojo, El león de Flandes, El ganso plateado, Los dos escudos, La bandeja de peltre o La cruz blanca. Estos tentadores letreros le provocaban cosquillas en el gaznate: había tratado firmemente de resistirse a ellos, pero siempre acababa sucumbiendo. En cambio, mudándose a lo alto de la torre, allá arriba, a ochenta metros de altura, lejos de los gallos, los leones y demás fauna tabernaria, le quitaría un gran peso de encima a la señora Gurdebêke. Así pues, Gurdebêke sobrino era el primero en lamentar su propia debilidad y en valorar especialmente las ventajas de una residencia ubicada varias decenas de metros por encima del suelo.

II

EL NUEVO DIRECTOR DE LOS TAMBORILEROS FLYSSEMUGUESES

Después de triunfar sobre todos sus competidores, a pesar de las recomendaciones y de los protectores con los que estos contaban, Gurdebêke llegó con toda su familia una hermosa mañana para instalarse en la torre de Flyssemugue. En el mismo momento en que el tío Gurdebêke descendía renqueando la interminable escalera de cuatrocientos veinticinco peldaños, su sobrino subía esos mismos escalones en dirección al puesto de vigilancia, resoplando, pues era más bien entrado en carnes. Así que cuando las dos generaciones de Gurdebêke se encontraron a mitad de camino, se detuvieron para abrazarse.

Hacía una semana que el sobrino recibía lecciones de su tío, y como a pesar de su pesada apariencia poseía innegables aptitudes, estaba ya tan al corriente de los numerosos y difíciles deberes de su nuevo oficio como lo estaba el viejo Gurdebêke antes de que se desencadenara la lamentable merma de sus facultades.

Mientras el tío Gurdebêke, cargado con todas sus pertenencias, se dirigía tristemente a la pequeña casa en los arrabales de la villa que Gurdebêke sobrino acababa de abandonar, y que en adelante sería su morada, doscientos cuarenta metros más baja que su vieja plataforma, Gurdebêke sobrino, tras quien se escalonaba ordenadamente su numerosa familia, escala-

ba la distancia que le separaba de la torre. Al pequeño Gédéon, de cuatro años y medio, le seguían las seis señoritas Gurdebêke, y a continuación, en retaguardia, venía la exuberante señora Gurdebêke, una rolliza, pálida y rubia flamenca que, sin resuello, subía llevando una enorme montaña de paquetes.

Narcisse Gurdebêke era también un buen ejemplar de flamenco saludable: buen mozo, corpulento, de elevada estatura y, a pesar de no haber alcanzado aún los cuarenta, con una barriga considerable y una triple papada. Tenía además una expresión bonachona, ojos vivos, una boca presta a la carcajada y mejillas rosadas, e iba siempre bien afeitado. La larga perilla rubia que le colgaba del mentón como una cascada añadía una nota de claridad a lo sonrosado y fresco del conjunto, tan agradable a la vista como un embutido recién cortado por un maestro charcutero. En resumen, el rostro del joven Gurdebêke resultaba agradable, a pesar de su nariz pronunciadamente aquilina, que se esforzaba, sin conseguirlo, en dotar de un mínimo de gravedad al resto de su fisonomía.

Gurdebêke sobrino, para asumir sus nuevas funciones, acababa de presentar su dimisión como recaudador de impuestos, oficio por el cual no había sentido nunca la menor vocación. Llevar requerimientos a la gente o reclamar con dureza los impuestos atrasados era realmente difícil con una figura como la suya, de modo que la recaudación en Flyssemugue se llevaba a cabo a duras penas.

Estaba harto de su pequeña y sombría oficina, de los grandes libros de cuentas que estaban allí criando moho, y soñaba voluptuosamente con la vasta

extensión de verdes llanuras que su mirada abarcaría desde lo alto de la torre, con el aire fresco que iban a disfrutar sus pulmones. ¡Él, a quien tanto le había gustado siempre el campo, lo tendría por fin a su alcance, o casi! ¿Acaso no iba a poder dejar que su vista planeara sobre quince hectáreas de campos acotadas por suaves colinas azuladas, y surcadas por numerosos riachuelos? Mientras subía por la escalera, la imagen de estos le trajo a la mente su gran pasión, la que ocupaba todas sus horas libres: la pesca con caña. ¡Cuánto iba a echarla de menos allá arriba! Gurdebêke sobriño dejó escapar un profundo suspiro al tiempo que, a la cabeza de su prole, desembarcaba en su nuevo domicilio en lo alto de la torre.

—¡Ah! —exclamaron todos los retoños de la familia Gurdebêke conforme fueron poniendo el pie sobre la plataforma.

—¡Qué encantador es esto! ¡Ya era hora...! —dijo la señora Gurdebêke, con una mano a modo de visera sobre los ojos para protegerlos del fuerte sol después de la oscuridad de la escalera.

—Es realmente bonito, ¿verdad? —confirmó el señor Gurdebêke—; ya te lo había dicho muchas veces, pero nunca quisiste subir hasta aquí para hacerle una visita a mi tío...

—¡Está tan alto! De hecho, lo que más me apetece ahora que he llegado hasta arriba es sentarme —respondió la señora Gurdebêke.

—¡Entremos primero en nuestro nuevo hogar, por amor del Cielo! Ya tendremos después tiempo de descansar y contemplar el panorama.

—¡Oh! —exclamaron las seis hijas mientras, bo-

quiabiertas, daban una vuelta alrededor de la plataforma.

La torre de la alcaldía, un monumento de los siglos XIII y XIV, orgullo de los flyssebugueses, es una ancha y maciza construcción de planta cuadrada, muy alta, edificada en los viejos tiempos de prosperidad de la poderosa, rica y populosa Flyssebugue medieval, hoy bastante venida a menos, y convertida lentamente en una villa pequeña y perezosa, cuya población habita con toda comodidad las viejas e imponentes casas con magníficos gabletes; edificios casi vacíos en los que encuentran abrigo familias de tan solo cinco o seis miembros, cuando en el pasado albergaron, hacinados como en una rumorosa colmena, a opulentas familias rodeadas de criados, a comerciantes de distintos ramos, y a legiones de artesanos de todos los gremios, que pululaban entre el griterío con incansables movimientos.

El último piso de la torre, iluminado en sus cuatro caras por altas ojivas, está coronado por una amplia plataforma en uno de cuyos lados, justo por encima de las almenas de la balaustrada, se encuentran los cuatro viejos músicos de madera, encargados desde hace siglos de medir el paso del tiempo para los habitantes de la villa.

Estos hombretones, de dos metros y medio de altura, van ataviados al estilo del siglo dieciséis, con calzas y jubones acuchillados, antaño pintados de brillantes colores. En Flyssebugue todo el mundo les tiene un gran afecto, ya que son para ellos como entrañables antepasados a los que uno se complace en dar los buenos días con una sonrisa, al oírles descargar sus martillazos allá arriba. De hecho, no hay nadie que no

conozca los nombres de sus ancestros de la torre: los altísimos y todopoderosos señores Jacquinet, Jacquinout, Jacquemin y Jacquemart. ¡Dios les conceda una larga vida, una buena salud y unos brazos fuertes!

En mitad de la plataforma, se eleva una torrecilla octogonal de unos cinco o seis pisos de balcones calados con rosas trilobuladas y finas luceras adornadas con florones, que van adelgazándose y se afilan cada vez más hasta rematar en un león heráldico que, sostenido entre las patas por el asta de la vieja y gigantesca veleta, se yergue orgullosamente en la punta.

El piso inferior de la torrecilla alberga la vivienda del vigilante municipal, el nuevo domicilio de la familia Gurdebêke. Entremos con ellos en la amplia sala octogonal con un pilar de madera en el medio. Las grandes ventanas ojivales que se abren en sus ocho lados dejan penetrar la luz y el aire en toda la estancia, a la par que permiten al vigilante otear desde cada una de las caras de su atalaya. De una de las esquinas arranca una escalera que conduce a las distintas habitaciones que se superponen en los pisos superiores.

—¡Pues sí, efectivamente es todo muy bonito! —repitió, maravillada, la señora Gurdebêke—. Es muy agradable y, cuando haya un poco menos de polvo, será perfecto...

—Mi pobre tío no veía ya demasiado bien y descuidaba un poco esas cosas... —replicó Gurdebêke.

—Este será nuestro comedor, Narcisse. Veamos ahora los demás cuartos.

—Yo ya los conozco, y son perfectos. El único problema es que tienen aún más polvo que este... Como comprenderás, mi tío no podía ocupar ocho

habitaciones a la vez. Además, iesa suciedad lleva ahí cuatrocientos o quinientos años!

—¡Me río yo de tu polvo centenario! ¡Ya veremos quién de los dos tiene que ceder! —declaró con resolución la voluntariosa ama de casa—. Lo que me apena, marido, es que la escalera es un poco estrecha; yo, que todavía estoy bastante delgada, apenas puedo maniobrar en ella.

—Yo tengo que sufrirla tanto como tú —dijo Gurdebêke, casi encajonado a causa de su panza en una de las revueltas de la escalera.

Tras varios esfuerzos y fatigas, el matrimonio Gurdebêke, precedido por su progenie, consiguió arrastrarse hasta los pisos superiores de su vivienda y recorrió las distintas dependencias.

—Esta de aquí será nuestro dormitorio —resolvió la señora Gurdebêke, tras evaluar las tres habitaciones en las que estaba dividida la primera planta—. Y esas dos de ahí serán para las niñas.

—Bueno, aún hay más en el siguiente piso —observó su marido.

—Las reservaremos para más adelante, cuando vayan creciendo.

—Y las demás podemos arreglarlas para los invitados.

—No creo que, viviendo aquí arriba, vengan a visitarnos demasiado a menudo... —suspiró la señora Gurdebêke.

—¡Bah! Siempre te estás quejando, ¿sabes lo que en realidad echas de menos? Te lo diré, esposa mía, ieras charlitas con las vecinas de nuestro antiguo hogar!: la señora Trompetten, la señora Mitte y

la señora Van Blissingue.

—¿Charlitas? ¿A qué te referes?

—Tienes razón, tendría que haber dicho «interminables horas de palique».

—En lugar de discutir, será mejor que nos vayamos instalando —atajó la señora Gurdebêke—. Vacíemos los cestos que hiciste subir esta mañana y vayamos ordenando su contenido, mientras nos traen la ropa de cama y todo lo demás.

—La ascensión me ha dejado sin fuerzas, y este aire tan puro que se respira aquí me ha abierto el apetito. Tenemos algo de vajilla y la cesta con las provisiones, así que comamos algo primero y ya seguiremos con la mudanza después —propuso el señor Gurdebêke.

Su mujer, con buena disposición, desplegó toda su energía en cascar los huevos, cortar lonchas de tocino y saltar todo en una sartén sobre el fogón de la torrecilla. Mientras, el señor Gurdebêke iba poniendo la mesa. En seguida, el matrimonio, sentado en dos de las sillas del viejo tío, y sus hijos, acomodados directamente sobre el suelo de baldosas, dieron cuenta de su primera comida en su nuevo hogar. El revuelto duró apenas un suspiro. La señora Gurdebêke siguió sentada un buen rato, mientras su marido fue a acodarse sobre una de las almenas de la plataforma para fumar su pipa, al tiempo que contemplaba las agujas de las iglesias de la villa desdibujarse en el cielo, y todos los tejados de las casas que allá abajo lanzaban al aire brillantes espirales de humo, y las calles por las que desfilaban minúsculos personajes, y las plazas solitarias, excepción hecha de algún viejo y somnoliento

jubilado que leía la gaceta sentado en un banco.

Vista desde esa altura, la villa de Flyssebugue se desplegaba de un modo pintoresco, mostrando un dédalo de callejuelas que se retorcían y viraban formando ángulos agudos, todas sus antiguas barriadas, entre las que serpenteaba la franja blanca del Flysse y el pequeño río, atravesado por cuatro o cinco puentes recubiertos de musgo, tan antiguos como el propio curso de agua. Justo debajo de la torre, a derecha, izquierda y detrás de ella, como una cadena montañosa de crestas escarpadas, se erizaban las puntiagudas buhardillas, las viejas tejas musgosas del tejado irregular de la antigua alcaldía. Era este un edificio complejo que albergaba un salón de reuniones, una bolsa de comercio y varias habitaciones destinadas a las cofradías. Todos esos tejados, que se montaban los unos sobre los otros, dejando entre ellos pasajes y galerías, serían en adelante los dominios de los Gurdebêke. Su mujer y el resto de la familia se habían acercado y asomaban también sus cabezas por encima de la almena; todos, con los ojos como platos, contemplaban la extraña y original figura que su villa natal componía vista desde esa perspectiva. Era un espectáculo de lo más novedoso, y solo los cuervos de la torre, los pájaros del cielo y ellos podían disfrutarlo.

En los planos originales, bajo la plataforma, sobre el gran tejado de la alcaldía, existían una especie de pasajes enlosados mediante los cuales se podían alcanzar las escaleras, trepando por detrás de los grandes triángulos almenados de los gabletes, y pasar así a otros tejados, a otros gabletes y otras plataformas, y de este modo alcanzar finalmente la gran arcada elevada que

conducía a la iglesia de Saint-Éloi. Desde allí, a través de varias lucernas, de las grandes terrazas sobre las capillas, atravesando galerías caladas, pasando bajo los arbotantes del ábside, se llegaba por fin al alto campanario, gemelo de la torre del ayuntamiento, en lo alto del cual el viejo carillón daba réplica, dos veces cada hora, a los cuatro tamborileros flysemugueses.